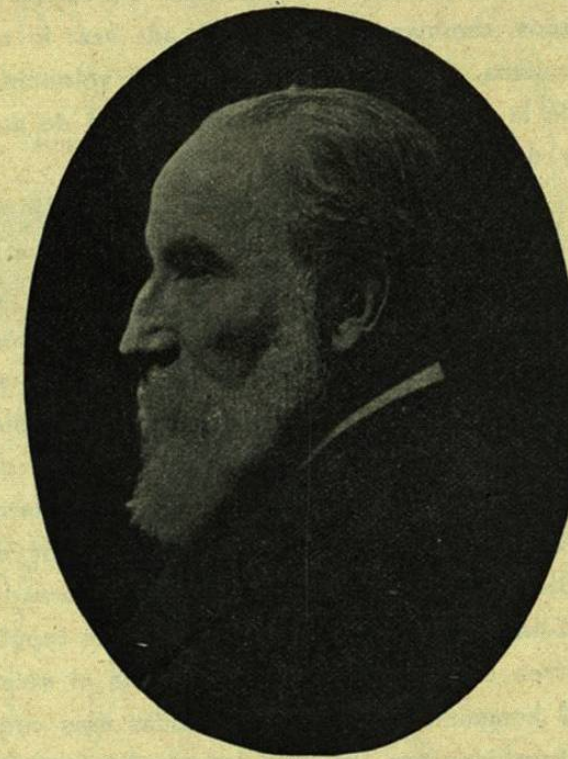


visto de sus armas y vestido con su gran uniforme, significa desde abajo sus órdenes en nombre del emperador y, para causar placer á su pueblo, libra al astro amenazado. Recientemente, cuando murió la reina Victoria de Inglaterra, después de un larguísimo reinado de tres cuartos de siglo, muchos súbditos entusiastas parecieron casi imaginar que la soberana había tenido alguna participación en los inmensos progresos realizados en el mundo durante toda la era victoriana, *the Victorian age*. Así se formaron antiguamente la leyenda de los Rama, de los Ciro y de los Carlomagno; así fué como «una mirada de Luis producía Corneilles».

El estado de transición entre la sumisión servil de todos á uno solo, forma normal de la monarquía, y la agrupación libre y espontánea de los hombres que funcionan en armonía,

forma ideal de la humanidad, está marcado por constituciones, cartas y estatutos que forzosamente deben cambiar con el tiempo, no sólo porque la nación á que se aplican evoluciona más ó menos rápidamente, sino también porque esas convenciones, promulgadas con tanta solemnidad, no son obras originales, procedentes de la voluntad precisa del pueblo: en su mayor parte son copias, más ó menos hábiles, de otros documentos del mismo género, y, como las leyes, representan siempre los intereses exclusivos de la clase directora. Nadie hizo mejor la crítica de las constituciones escritas que el repre-



FRANCISCO PI Y MARGALL
1824 - 1901

Presidente de la República Española en 1873.

sentante de los Tcherokis, hablando en una asamblea general de las tribus del territorio indio, reunida en 1872 para la discusión de una carta general: «Nosotros debemos, dijo, ocuparnos de grabar las instituciones en el corazón de nuestros conciudadanos, solamente así serán duraderas. Escribirlas sobre el papel es tanto como grabarlas sobre la corteza de los árboles. La encina del bosque crece todos los años, cambiando de corteza cada vez: lo mismo sucede en la nación indiana. Dos cosas no pasan: la voluntad del hombre y el corazón de la encina. A la voluntad hemos de atenernos si queremos vivir y durar»¹.

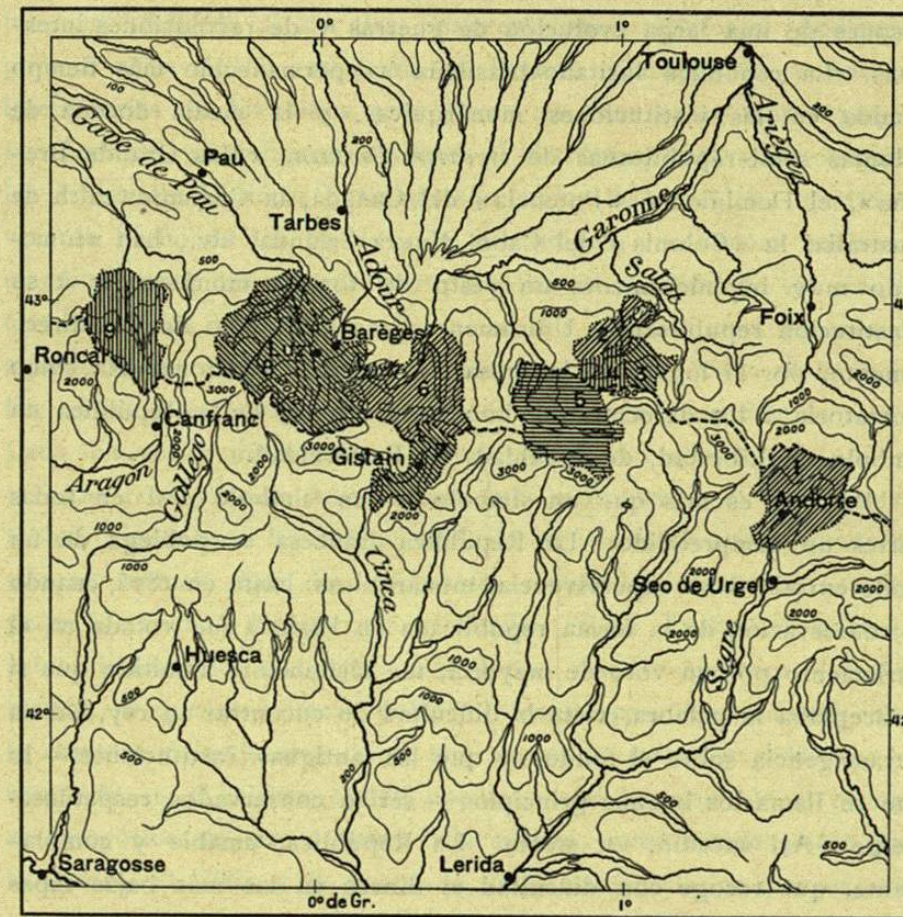
El nombre de República aplicado á ciertos Estados, por oposición al de Monarquía, se ha dado en el curso de los tiempos á organizaciones bien diversas, pero que, unas y otras, procuraban hacer que viviera un grupo más ó menos restringido de hombres considerándose como libres en medio de una población de esclavos ó de vecinos bárbaros. ¡Problema insoluble! porque no puede haber sociedad verdaderamente libre en tanto que un solo hombre permanezca esclavizado sobre el planeta terráqueo. El ciudadano de Atenas, el plebeyo de Roma, el pastor de los Pirineos, hasta los miembros de la tribu de los Ova-Mbarandu, al sud de Cunene, que el misionero Duparquet describe como republicanos intransigentes que viven en libertad completa, sin jefe ni sacerdote que pueda exigirles el homenaje ó el impuesto, todas esas comunidades han sucumbido, absorbidas por los imperios serviles que les rodeaban. Pero puede decirse que esas organizaciones formulaban soluciones más originales que las repúblicas del siglo XX, sometidas al gobierno de la alta banca internacional y por ella niveladas al rango de las monarquías vecinas.

Las diferencias de título carecen, pues, de carácter esencial, pero conviene hacerlo constar y determinar su origen histórico. Entre los ciento ochenta ó doscientos millones de hombres que viven actualmente en régimen republicano, si no sin amos, al menos sin reyes oficiales, es evidente que los Suizos, los Americanos y los Franceses han sido impulsados á tomar el mismo nombre por circunstancias históricas muy diferentes. Suiza, que fué primera-

¹ *Le Temps*, 30 Agosto 1872; — A. Letourneau, *Evolution de la Morale*, p. 122.

mente un caos de señorías, de feudos y de comunidades campes-
tres, sólo necesitó buscar y conservar su equilibrio de fuerzas para

N.º 555. Antiguas Repúblicas de los Pirineos.



1: 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

1. República de Andorra. — 2. Valle del Bouigane ó Ballongue. — 3. Valle de Bethmale ó Balamet. — 4. Valle de Biros. — 5. Valle de Arán. — 6. Valle de Aure. — 7. Valle de Gistain.
8. Los siete «ríos» del Lavedan; contorneando esos valles desde el Norte hacia al Oeste para volver por el Este, se encuentran sucesivamente los siguientes valles: Surqueres ó Batsouriguere; Estrem de Salles; Azun; Saint-Savin ó Cauterets; Baresges, Luz ó Balsan; Davantaique; Castelloubon.
9. Valle de Aspe. — Roncal, en país vasco español, es el centro de una especie de pequeña república.

llegar á ser una confederación republicana; los Estados Unidos fueron obligados por la obstinación de Inglaterra á privarse del

régimen monárquico al que en un principio querían permanecer religiosamente fieles; asimismo, las repúblicas hispano-americanas, que se anunciaron en la historia por el grito de «¡Viva Fernando VII!» no han podido evidentemente llegar á renegar de la monarquía sino después de una larga evolución de guerras y de revoluciones intestinas. La república lusitano-brasileña ha permanecido más tiempo sumida en las instituciones monárquicas, y la media docena de colonias semi-republicanas de *Greater Britain*, «Más Grande Bretaña», el Dominion ó «Potencia» del Canadá, la Commonwealth de Australia, la «Colonia» del Cabo, Nueva Zelanda, etc., han acomodado muy ingeniosamente un resto de formas monárquicas á su constitución republicana. Únicamente Francia ha sido llevada directamente, por la lógica de las cosas, á suprimir la monarquía como atentatoria á los derechos del hombre y á hacer de la República un símbolo de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad.

Pero no es más que un símbolo y un símbolo casi en todas partes no comprendido. La República francesa se dobléga de un modo extraño á las supervivencias monárquicas: hasta en 1875, cuando la conservación de la forma republicana en Francia fué votada en el Parlamento por un voto de mayoría, fué tácitamente admitido que si se aceptaba la palabra, vista la dificultad de encontrar un rey, habría intransigencia sobre el fondo, y que las antiguas instituciones — lo que se llama los buenos principios — serían conservados respetuosamente. Así sucedió, en efecto. La República, amable y complaciente, que recoge con dificultad el dinero en las más bajas capas del mísero pueblo para el pago de sus funcionarios, continúa sirviendo religiosamente los honorarios de sus empleados, en tanto que éstos, fieles á los precedentes, á la rutina y al espíritu de cuerpo, proseguían su censuras contra el nuevo régimen, gracias al cual hacían buen papel en el mundo. Oficiales, magistrados, sacerdotes, hasta profesores, se honraban haciendo traición al gobierno que tenían el deber de respetar y servir, y de ello se vanagloriaban hasta en discursos y circulares. Durante aquel proceso de traición militar — llamado «proceso Dreyfus» —, que tomó un carácter épico en el inmenso hervidero de las pasiones humanas, ocurrió un incidente de los más curiosos y significativos, el de la consulta á los alumnos de

Saint-Cyr, la Gran Escuela militar de Francia: «¿Deseáis el cambio de la forma gubernamental?» — «Sí», fué la respuesta unánime, aumentada por algunos de los alumnos con expresiones violentas ó groseras. Y después, cuando, bajo la presión de una parte del pueblo, escandalizada al ver las congregaciones religiosas apoderarse poco á poco de la enseñanza en Francia y tratar de malear las inteligencias de los niños para hacer de ellos otros tantos pequeños jesuitas, el gobierno resolvió al fin defenderse, vióse á todos los tribunales justificar unánimemente todas las rebeldías, insultos y vías de hecho de los frailes y de sus amigos, y condenar uniformemente á penas tan ligeras que probaban el acuerdo de los magistrados con los procesados. Jamás se vió ejemplo más patente de aquella «casa dividida contra sí misma», de que habla el Evangelio. Pues semejante «casa no puede subsistir», nos dice la razón. Cada día vemos desprenderse alguna piedra del edificio.

Las revoluciones, bajo formas muy múltiples, son, pues, inevitables, puesto que las evoluciones son contrariadas en su funcionamiento normal. Que las catástrofes terminales se dividan en mil pequeños hechos, bancarrotas y suicidios, riñas, huelgas ó hambres, ruinas industriales ó trastornos políticos, empobrecimiento ó despooblación, ó que un huracán político y social pase bruscamente sobre la comarca dejando tras de sí una rastra de ruinas y cadáveres, el resultado es el mismo en su conjunto. El lenguaje de la historia es categórico en este asunto: ó la muerte, como antiguamente para la Caldea, el Elam y la Bactriana, ó la transformación penosa, violenta, dolorosa para todas las naciones modernas, que no pueden perecer porque se ayudan mutuamente á pesar de todo, aunque devorándose recíprocamente en la concurrencia vital. No puede haber otra salida en tanto que el Estado, representado por el poder personal de uno ó de varios individuos y hasta de una clase entera conserve el derecho eminente de considerarse como educador de la nación, porque esa educación la hará siempre en su propia ventaja aunque con la perfecta ilusión de «dedicarse al bien del país». Prodúcese una división del trabajo que parece naturalísima á los que desean la conservación de las antiguas prerrogativas: de un lado el deber de gobernar, del otro el de obedecer. Pero los que se

encargan de «conducir el carro del Estado» habrían de saber, preverlo y organizarlo todo, y lo cierto es que los súbditos, aunque educados así, notan los errores de sus amos, recusan esa división del trabajo y se dedican á destruirla.

¿No fueron las jornadas de Julio consecuencia obligada de las «ordenanzas» y de todo el régimen de opresión que había ocasionado el conflicto? ¿No fué la guerra franco-alemana, tras múltiples choques y vicisitudes, consecuencia natural de los dos imperios napoleónicos que derribaron las dos repúblicas francesas? Rusia no hubiera tenido que sostener el choque de los ejércitos japoneses en los primeros años del siglo XX si, violando todas las promesas, no se hubiera apoderado de una provincia china, riéndose de los cándidos que creían en su palabra. Sin razón, pues, se atribuyen las revoluciones al efecto de un instinto de destrucción que agita á las masas populares y las inclina á destruir. Sin duda ese instinto existe, todos los educadores han notado cuán imperioso es en los niños, enamorados natos de renovación. No ha de olvidarse que «vivir, es obrar», y que «la destrucción es la forma más fácil de la acción» (Anatole France); pero no hay más que el instinto, ha de tenerse en cuenta sobre todo la voluntad colectiva procedente de las condiciones generales de la sociedad.

Cuando la vida se desborda es imposible contenerla: es como el agua corriente, que se le pueden poner diques, pero que ha de facilitársele una salida, sea sobre el mismo dique cayendo en el cauce habitual, sea por una depresión lateral en un nuevo cauce. Así se explican los efectos imprevistos de las revoluciones y de las contrarrevoluciones violentas. Después de cambios bruscos obtenidos por la fuerza, la vida no se manifiesta ya por los mismos actos, alimenta energías antes dormidas, penetra en nuevos canales como el agua comprimida por un pistón; pero, cualesquiera que sean las transformaciones, la persistencia de la fuerza prevalece siempre. El trabajo se efectúa de otra manera, pero se efectúa, produciendo toda una sucesión de acontecimientos imprevistos, que los hombres débiles sometidos á sus efectos califican, según las circunstancias, de funestos ó favorables, juzgando de ordinario según su egoísmo estrecho y su apreciación del momento. Así es como el movimiento se transforma

en calor y el calor en electricidad. Viendo detenerse la máquina, se cree fácilmente que la fuerza misma se dispersa; pero he aquí que de repente estalla transfigurada. Es el dios que se desvanece y reaparece en continuas transformaciones. Proteo, siempre cambiante, ha tomado la forma de un nuevo ser.



MOSCOU, EL 31 DE OCTUBRE DE 1905

Cl. P. Sellier.

Manifestación reclamando la libertad de los presos políticos.

En la ilusión pueril y bárbara de poder detener la vida desbordante de la multitud, de inmovilizar la sociedad en su provecho personal, individuos y clases que disponen del poder, jefes de Estados y amos aristócratas, religiosos ó burgueses, suelen intervenir por la fuerza bruta para suprimir toda iniciativa popular; pero lo hacen con mano vacilante. Las leyes inmutables de la historia comienzan á ser bastante conocidas para que los más audaces entre los explotadores de la Sociedad se atrevan á ponerse frente á su movimiento; necesitan proceder con ciencia y astucia para desviarla en vías laterales, como un tren al que se separa de la gran línea. Hasta el presente

el medio con más frecuencia empleado, y uno de los que desgraciadamente dan mejor resultado á los dueños de los pueblos, consiste en trocar todas las energías nacionales en furor contra el extranjero. Los pretextos son fáciles de encontrar, puesto que los intereses de los Estados permanecen diferentes y contradictorios por el hecho mismo de la separación en organismos artificiales distintos. Existen también más que pretextos, hay recuerdos de males, de matanzas, de crímenes de todas clases en las antiguas guerras; la apelación á la venganza resuena todavía, y cuando haya pasado la nueva guerra como un incendio, devorándolo todo con su terrible llama, también dejará memoria de odio y podrá servir de fermento para futuros conflictos. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de tales derivados! A las dificultades interiores del gobierno, los poseedores del poder responden por guerras exteriores. Si esas guerras son triunfantes, los amos las aprovechan para la consolidación de su régimen: habrán envilecido á su pueblo por la locura de la vanidad que se llama gloria; habrán hecho de él un cómplice vergonzoso invitándole al robo, al pillaje, á la matanza, y la solidaridad del mal adormecerá las primeras reivindicaciones, hasta que nuevamente se llenen los vasos con el vino rojo del odio.

Pero además de la guerra, los gobernantes tienen á su disposición poderosos medios de alejar de sí todo peligro. Entre otros, la corrupción y la desmoralización por el juego, todas las formas de la depravación: las apuestas, la lotería, las carreras, la bebida, los cafés, los cafés cantantes. «¡Que canten, ya pagarán!» Los depravados y envilecidos, que á sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarles á la rebeldía: con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión. Así las guerras de la República y la explosión de los vicios y desenfreno que siguieron á los primeros años de la Revolución con su ideal de austeridad y de virtud, vinieron á propósito para preparar el régimen imperial y el ignominioso rebajamiento de los caracteres. Sin embargo, se produjo un fenómeno de balanceo que provino en gran parte de una reacción normal de la Sociedad tomada en su conjunto. Es natural que los hombres oscilen sucesivamente del uno al otro contrario, del mismo

modo que su vida alterna de la actividad al sueño y del descanso al trabajo. Además, componiéndose una nación de gran número de clases y de grupos diversos que tienen su evolución propia en la evolución general, resultan movimientos históricos de tendencias opuestas que se entrecocan y se entrecruzan describiendo las curvas más complicadas, cuya madeja apenas puede desenredar el historiador.



Cl. del Photo-Globe.

SAN PETERSBURGO — PLAZA DEL PALACIO DE INVIERNO

Ensangrentada el 9 (22, nuevo estilo) de Enero de 1905.

Y sucedió que durante las luchas intestinas de la Revolución francesa, los Vendeanos representaban ciertamente contra el gobierno central el principio del Municipio autónomo, libremente federado; mas, por una contradicción de que la falta absoluta de instrucción no les permitía darse cuenta, se hicieron detensores de la Iglesia, que aspira al imperio universal de las almas, y de la Monarquía, que en todos los Comuneros no ve más que siervos y carne para los campos de batalla. Por una extraña candidez que hace sonreír y haría llorar, los negros de Haití, luchando por su libertad contra